1

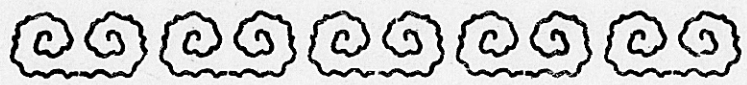
233763

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

1

233763

47/1505166



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

¡Viva la Faldamenta!

I

—¿Llegaste a punto de sorprender a la criada, Pirretas?

—Eso señor Conde: a punto de caramelo.

—¡Qué! ¿Pero le diste a probar caramelo...?

—No es eso. Es que la sorprendí en ropas tan menores que ¡casi en la lactancia, vamos!

—Buenos pechitos al aire?

—De los de P. P. y doble W, temblones y refregables, como me llamo Pirretas.

—Entonces ¿lograste atemorizarla?

—Atemorizarla, hasta el punto de que su camisa, atemorizada así mismo me puso de manifiesto panoramas lácteos y sublunares de una fuerza afrodisíaca completamente delictuosa.

—Me hago cargo. Es que yo ¿puedo o no mandar en mi casa?

R. 3224189

—Claro!... Como que la casa; o mejor el piso que debiera pagar y no ha pagado aun esa Honorina Bland, de origen francés como usted mismo, y de curvas venusinas y redondeces nalgares a gusto y satisfacción del señor Conde, es, a no dudar...

—La gran tia para mis experimentos magnetico-amorosos.

—Ni más ni mangas. Y segun mis informes, crédula y superticiosa hasta la exageración en cosas extra-naturales.

—Magnífico y ese que la entretiene, que tal?

—Bah! Un abogadillo sin pleitos.

—Postinero y donjuanesco, además.

—Silencio ahora, que oigo ruidos vagos.

—La criada que volverá...

***

—Aquí están los bizcochos toledanos y este Madera sin principiar, Descorcha buena moza.

—¡Virgen santa, qué principio!

—Gracias, igualmente.

El Conde se había ocultado detras de un cortinon del fondo.

— Y tu señorita ¿bañandose aun?

—Eso es... Y que no está poco rato en el agua, la melindrosa!

—Bien hecho!... Como su riquísimo cuerpo de reina egipcia tendrá tanto y tanto recodo.

— Y ¿tú que sabes, menflis?

—¡Yo! Bah!... Yo sé muchas más cosas de las que tu te figuras. Sé, que te coloco un par de besos marca *Pirris* (que soy yo) en la nuca y te dejo anestesiada.

—Las ganas!

—Los hechos digo yo! Toma... y daca!

—Pues, toma!

(Aquello era de él a ella un par de chupones melifluos y rápidos en el cogote de la criada, rico en hoyuelos; y lo de ella a él un moquete superior de los que dejan huella).

—Gracias, monería! Una chica que pega así ¡como debe portarse en el catre.

—¡Como a tí no te importa!

—Pero ese nalgatorio, que remueves con tanta gachonería y esos muslos de placer que te he palpado ya como el que no quiere la cosa...

—Muslos y nalgatorio no son para catarlos un bobalicón tan sin sustancia.

—Eso ya se verá!...

—¡Ay! Creo que se menea la cortina...

—Como tus caderas de pecadora!

—Más! más que eso!... ¿Has venido con alguno?

—Eso no es cuenta tuya. Hazte cargo de este «monarca curvílineo» (y la soltaba un

duro) y no todo seran caricias.

—Se estima, Pero...

—Nada: tómalo y dime ¿como es por dentro tu señorita?

—¡Que gracia! Pues como yo, poco más o menos.

—Y tú ¿como eres?

—No lo has tecleado ya, gran granuja?

—No me basta: necesito más datos. De pechos, muslos, nalgas y demás elementos carnosos, ya calculo que allá os andareis las dos ¡que ya os habreis visto y revisto en cueros más de diez veces!...

—Pero tú eres un desastrado... Carape! Y la cortina sigue moviéndose.

—Toma! Y seguirá así hasta que a mí me dé la gana.

—Eres brujo, segun eso! ¡Ja, ja!

—Sin «¡ja, ja» ni «ji, ji». Soy discípulo de mi principal y basta.

—El diablo que te entienda!

—Me entiendo yo... y basta: y tambien me entiendo con el diablo si me apetece.

—¡Jesús, Maria y José!

—*Laus tibi Dómine!* Y tu señorita ¿es tan supersticiosa como me han ponderado?

—Eso, según! Cuando se mete en el agua... o cuando se mete algo en su cabeza no hay quien le saque la superstición.

—Bien! Bien! Es muy fogosa?

—Fogosa como una fragua de herrador.

—Al pelo. Fogosa y supersticiosa.

—Te alegras con eso? Pues a tí que te va ni te viene con lo que mi ama sea.

—Toma!... Este otro beso para pagarte de algun modo tus informes. No te arrepentirás de haberte clareado conmigo.

—Pues nada; sigo sin entender...

II

Honorina en el baño resultaba tan seductora como una ninfa en el arroyuelo.

—¡Qué bien me ha venido este baño! ¡que bien!... Ese zascandil de Renato no me llena del todo ¡vamos! Es tan soso!

—¿Tanto, señorita?—ingirió Belina la criada, sabiendo que su presencia no era nunca inoportuna para su ama.

—Ah! si ¡chiquilla! Sosísimo... Y dime ¿con quien charlabas en el salon?

—Con un tipo que ha venido a...

—¿A qué?... Te reservas? Cuidado he?

—No; si es qué... Me ha traido un recado de un bombero, primo mio, que es de las Navas del Marqués.

—Ah! tienes un primo bombero. Y... te ha apagado los fuegos muchas veces?

—Tantas como se tercia, señorita!

—Pícara, Belina... Bien. Ahora sécame que ya estuve bastante en remojo.

Belina al ver ya de pié dentro del *tub* a su señorita sintió como un semi desvanecimiento. Aun cuando, familiares ya con aquellos rotundos pechos sus manos de masagista aficionada, sin contar con los contactos que su vientre había tenido con las salientes, retadoras y ondulantes nalgas de Honorina, desnudas, durante la tarea de la toaleta cotidiana, ¡sentiría la culturalísima criada una borracha ansia de expansiones que el solo aspecto de aquellos multiples encantos tan diabolicos como aptos para el placer, la producían mil escalofrios!... Y no es que perteneciera a la región de las mujeres depravadas, sino que Belina amaba la belleza plastica en todas sus manifestaciones, lo mismo que si eran Adanes que Evas... todo lo que se *movia y agitaba* la producía agitación y movimientos especiales... irresistibles.

—¿Te has quedado patidifusa o qué?

—¡Oh! Es que la señorita es tan escultural y piramidal, que ¡en fin!... Sequemos! Secó los dos pechos desafiadores, con sus fresitas almibaradas.

Luego llególes el turno a las blancas espaldas, dignas de un bajo relieve de los

templos etruscos; más abajo los pimpantes glúteos de líneas fugaces y enloquecedoras, separadas en dos mitades... que partían por la mitad al más prevenido espectador.

Si pasamos a la delantera, veremos que Belina. se deleitaba aun más y más.

—Esta mata preciosa de pelo se parece mucho a otra que yo he visto, señorita.

¿A que se parece. só bachillerota?

—A la de una peinadora que mi bombero tuvo por novia antes que a mí.

—¿Y los alrededores?

—Los muslos esos no tienen pero...

—Espera... es lo que no tienen ahora ¡Ay! si yo pillara en este momento a un muchacho fornido ¡oh!

—Fornido ¿eh?... Si viera la señorita a Miguelón.

—¡Quien tu bombero! Anda, ya... Acaba de secarme y dime: ¿Renato volverá antes de la *noche*?

***

En esto oyóse un estrépito formidable en el salón de los desnudos, donde principia la acción de este relato.

Corrió a ver lo que ocurría la doméstica, medio enloquecida por el terror.

Advertiremos que era tanto o más supersticiosa que su ama: como ella crédula

en materia de aparecidos, trasgos y demás diabluras propias del ocultismo.

Halló el salón de los desnudos a oscuras.

Un temblor alarmante apoderóse de todos sus miembros. Sus piernas apenas si la sostenian. Quedóse en la mitad del pasillo largo y estrecho, entre dicha estancia y el cuarto de baño y con entrecortado acento pidió socorro.

—Se ño ri... ri... ta!... ¡Que hay duendes!... ¡Por Dios y por los san, san... tos!...

Honorina que no llevaba más que la camisa puesta, metió sus preciosos pies en unos chapines orientales y, algo más animosa, que aquella infeliz Belina, acudió a ver lo que ocurría.

Al efecto acudió con una vela encendida, pero al llegar al fatídico salón ¡zas! un soplo misterioso apagó la llama... Un grito gutural ahogóse en su garganta.

Echóse a temblar. Al mismo tiempo observó con horror, que ciertas chispas de gran viveza, aparecían y desaparecian en el ambiente, simulando fugaces relámpagos en plena tormenta.

No acertando a hallar el conmutador eléctrico, intentó vacilantes avances por la estancia. Nuevo escalofrio! Una mano, diábolica sin duda, agarró unas de las suyas,

con la que sacudiendo todo su cuerpo infundiola renovados terrores, a cada momento más peligrosos para el temperamento nervioso y excitable de la bella pecadora.

Por fin no pudiendo resistir la fuerza de los agentes externos que herían todo su sistema nervioso, cayó, casualmente sin duda encima de un ángulo de la *chaúse longue*, perdiendo por completo la noción de lo existente.

De pronto iluminose la habitación.

Pirretas y el Conde de Rochelane, sonrrientes ambos y triunfadores contemplaban impávidos lo que de seguro era obra suya.

La escultural Honorina, sin sentido, una pierna aca y otra acullá; mostrando las divinas redondeces de su escultura con vegetaciones prolijas inclusive; pues la camisa se había quedado abullonada en forma por completo imprevista en la cintura de nuestra admirada hembra, la que respiraba jadeante y descompasadamente.

—Y la criada, Pirretas?

— Por ahí andará más muerta que viva... ¡digo yo!

—De modo que el primer acto de ese vaudevilesco poema nos ha salido redondo.

—Más redondo que ese «mapa mundi»

que estamos admirando entre esos cendales íntimos, mi amo y señor.

—De primera ¿el montacargas funciona bién?

—Ya lo creo. El montacargas ese que simula un armario ropero y que ahí se yergue magestuoso y pletorico de arcanos diabólicos, va a servirnos ahora mismo de un tente en pie. ¡A ver! Llamemos.

El monta cargas entre la hostería de *La Liebre que rie* y *el piso* ocupado por Honorina funcionó, casi instantaneamente. La cachonda dueña del piso, que no había podido descubrir su puerta ni abertura alguna en el extraño inmueble, andaba ya en los ocho días justos que disfrutaba del departamento, intrigadísima, sin saber que dentro de aquél existiera trampa semejante con que comunicarse con el susodicho establecimiento de comidas.

III

El galante, apuesto y vencedor conde Rocheplane (de origen francés aunque huésped de España años hacía) y su comitre el pícaro Pirretas habían dado buena cuenta del suculento tente en pie que en

Liebre que rie les sirvieron desde la cocina; emparedados de liebre, jamón de York, queso de Candal y frutas en compota, todo remojado con excelente Burdeos.

Advertiremos que Pirretas hallábase disfrazado de bombero, muy propio y que daba idea de un bombero de verdad. Cuando más desprevenidos hallábanse ambos presentóse de nuevo Belina.

—¡Muy bien!... ¿Pero es que es una fonda eso?

—¿Gustas; estrella de la mañana?

—Gracias. Me haría daño con lo nerviosa que estoy. Pero es que los duendes son ustedes ¡o qué pasa aquí!

—¿De que duendes hablas, niña?—demandó el aristócrata, con acento natural.

—¡Vaya! .. ¡Si me la querrán a mí dar con queso!... ¡Y ese bombero!... ¿De donde tanto bueno? ¿Me trae algún recado de mi Miguelón?—inquirió Belina irónica y suspicaz.

—Esa es la fija... Lo tengo entre los dedos. Pero aquí yo voy a pasar por Miguelón, tu novio.

Y depositó no sabemos que objeto entre los dos lindos pechos de la moza; en el delicioso valle que éstos formaban.

—¡Cosquillas no, so ladrón! — silabeó, más que otra cosa, queriendo guardar su

seriedad.—¿Es eso un pito?

—Si; el de reglamento,

—¿Con quién estas charlando tú?—inquirió la voz de la dueña del piso desde el pasillo. A la cuenta ya se había repuesto del terrible contratiempo y sucesivo ataque y dejó el lecho a donde la condujo Belina en sus robustos brazos.

—¡Conmigo! Noble dama, soy el conde Rocheplane, su admirador y aliado en cuestiones galantes.

Al aproximarse Honorina, Pirretas habiase ocultado en un ángulo entre el monta-cargas y la pared.

—¿No se sienta, divina criatura?

—¡Oh! Me duele la cabeza, me duele el cuerpo... Hasta el alma tengo dolorida con el susto que he pasado... ¿Pero no sabe usted, caballero? Estoy que no se si estoy en casa o en el infierno... ¿Se sonríe usted?... Se conoce que a usted no le asustan los duendes.

—Pero ¿qué duendes, señora?

A poco de un ligero silencio, cerráronse otra vez las ventanas: ruidos ocultos y próximos dejáronse sentir, amedrentadores, quedando la habitación en semiobscuridad. Dos golpes secos sonaron en el interior del misterioso monta-cargas.

—¡Dios santo! Pero ¡qué ocurre! ¡Con-



de... Con!...

—Con queso te la vamos a dar otra vez— agregó por su parte Pirretas, quién saliendo de su escondite, agarró por un brazo a la criada y aplicándola un par de razonables pellizcos en lo más mollar de él, la espetó al oído,—Aquí soy tu novio Miguelón, y si lo olvidas ¡guay de tus huesos!

La criada, estremecida de terror, medio loca de un tirón soltóse de la mano que la apresaba y como pudo huyó hacia sus habitaciones, sin querer batallar ya más con lo que ella creía poco menos que una legión de demonios desencadenados.

Por su parte Honorina, tropezó, a tientas, con la mesa; cayó ésta al suelo arrastrando restos de manjares y servicio, produciendo un estrépito infernal. Los golpes en el interior del monta-cargas se sucedían más acompasados, más tétricos.

El conde, autor o colaborador al menos de toda aquella barahunda semi-infernal, gozaba, reíase enormemente y para colmo de dichas, recibió en sus brazos el cuerpo planturoso de la supersticiosa hembra.

—¡Eres el diablo! ¡Oh!—balbuceó ella con horror infinito.

—¡Casi, casi! — respondió Rocheplane ahuecando cómicamente la voz y recorriendo con rapidez vertiginosa los múltiples encantos; los lujuriantes recodos, los libidinosos relieves y esgrafiados de aquella escultura cálida y viviente, como lava de un volcán en erupción.

—¡Amor!... Amor infernal, sí; pero amor el más fulgurante de todos!... ¡Sí!... ¡Mía! ¡Mía! ¡Se mía!

—¡Oh! Por tus antepasados, sé humano, ¡por todo lo temporal y eterno si eres del otro mundo sácame de este trance!

—¡Al revés!—gritó una voz gutural (la del guasón de Pirretas).

Este fué hacia el cuarto de la Belina, que conocía palmo a palmo y procuró consolarla enérgicamente, dándola a tocar el pito de reglamento que ya conocemos; a lo que la taimada moza, aterrada como se hallaba, no puso obstáculos.

Entretanto el conde que no quiso despreciar la magna ocasión que se le ofrecía, besó a tutiplén el cuerpo de la diosa desvanecida: que por tal pudiera tomarse la magnífica carnación de Honorina, para lo cual ella facilitó todos los caminos y dió todos los pretextos, separando cuantos obstáculos de ropas y otros más substanciosos y lubrificantes se hubieran interpuesto.

Todo ello como alma del otro mundo, sin saber si soñaba o estaba despierta, si

realmente era.

—¡Rica! ¡Diablesa mía!... ¡Ya te logré!

—¡Luci... ci... fer! ¡Tó... ma... me... en brazos.

Un jadear morrocotudo; una oscilación turbadora de sus poderosos flancos; una separación má, completa y definitiva de eburneidades encantadoras y el cielo se abrió para ella, por virtud de Lucifer o cosa parecida! Para que la paradoja fuera bien flagrante y ridícula.

IV

Media hora después la tranquilidad había renacido en la casa. Pero una nueva transformación sufrió la persona del engallado y satisfecho conde al presentarse Renato el dueño de los encantos de Honorina, a medias con nuestro aristócrata desde aquella memorable noche.

—¡Honorina!

—¡Ay! ¿qué hay, nene?... Vienes a traerme mi pendantif?

Hay que advertir que el conde había desaparecido y se reservaba para reaparecer en hora oportuna, pues pensaba producir entre aquella pareja de amantes mal

avenidos tremebundas sorpresas.

—¡Un cuerno, digo yo!

—¡No! ¡no! Por tu madre, querido, Más cuernos, no, ahora.

Y ruborizóse fuertemente al recordar sus últimos espasmos amorosos debidos al inexplicable personaje mitad hombre, mitad furia del averno.,. pero exquisito conocedor en goces afrodisíacos.

—No hay pendantif ni cosa que lo valga, hasta que yo deje de ser primo alumbrado.

—¿Y eso cuando va a ser, necio?

—¡Ahora mismo! -- añadió Renato, el apuesto abogadillo sin pleitos sacudiendo por un brazo a su escultural querida.

--¡Bárbaro! ¡Vete o llamo!

--¡Oh! ¡oh! ¡Llamar! A quién ¿a la criada? Cómplice tuya en trapicheos y en trastadas que me andais jugando, según se rumores por ahí.

--¿Has sabido algo muy grave?...--demandó irónica ella.

--Mucho: de la fonda de la *Liebre que rie*, han servido dos tente en piés.

--¡Tente!...

--¡En pie! lo he dicho ya!...

--Tente la lengua: que tú estás mochales perdido.

—¿Sí?... ¿Y estos platos? ¿Estos vasos?

¡Contesta!... ¿Tan mochales, eh? ¿Y esta botella de Burdeos... vacía por más señas? ¡Maldita sea la mala sombra!

—¡En fin basta!... Y no me sacudas más: que si llamo a Miguelón justamente debe estar en la cocina con la muchacha. ¡Miguelón!

—¡Ah! ¡El bombero! ¡qué venga! ¡le rompo el bautismo más pronto que canta un gallo!

—¡Narices romperás!... Ya te estás largando ¡eh! Tengamos la fiesta en paz y no chilles ya más que me pones fuera de mí y tú no sabes con quién tienes que habértelas ¿te has enterado? ¡Largo, baldragas!

Soltó un taco de los redondos el pobre picapleitos en su impotencia supina y estéril, incapaz de vengarse en el acto y algo atemorizado por las prevenciones y conceptos de su amante, la que se conoce no estaba en disposición de soltarle otras explicaciones de lo ocurrido así de su conducta; en una palabra considerándole un «don nadie» o poco menos. Un portazo formidable puso el punto final, oyéndose en la entrada del piso, no muy distante de allí.

—¡Oh! ¡Cuántas emociones! — decíase para su coleto la empecatada cuanto viciosa Honorina.—Ese diablo tentador, fornido, voluntarioso, irresistible, que me ha hecho suya como un terrible condor hace suyo el tierno conejo que divisa desde las alturas del cielo... Y ¡cómo he gozado! ¡Què estremecimientos nunca sentidos! ¡Qué espasmódicos escalofríos de toda mi carne! ¡Què delicia Infernal, sí pero ¡qué delicia suprema!... Vaya que entre ese desconocido, que bien pudiera ser ese perverso conde Rocheplane, y mi Renato, esto es el Renato *mío*, hasta hace unas horas ¡qué abismo med.a de desencantos y de desconocidas sensaciones! ¡Ah! ¡Conde! ¡Conde!

Lanzaba miradas candentes a la luna de la consola, como si el sagaz aristócrata pudiera hallarse en el fondo de la azogada superficie.

Luego pidió otra vez el baño, antes de acostarse; de ambas cosas tenía verdadera necesidad.

—¡Este hombre me ha embrujado!... Estaré maldita! ¡Pero no! Acaso mi propia superstición no sea más que el conjunto de aprensiones que me asaltan de vez en cuando, prestando apariencias de verdaderos hechos sobrenaturales a los fenómenos más sencillos. ¡Oh! Estos senos míos—besabáselos *in mente* dentro del espejo—este vientre de divina convexidad, que tanto os

habeis agitado; estos flancos que ese desconocido audaz hame atarazado tan violentamente. ¡Cuándo volveréis a ser presa de sus besos de fuego, de sus brazos hercúleos, de sus piernas de sátiro, velludas y recias!

V

Dos días habían transcurrido sin que se alterara la calma en el hogar de nuestra hetaria exquisita y sensual.

Esta lanzaba a menudo fuertes suspiros, reveladores de notables recuerdos sensualizados y tibios aún, de combates amorosos.

¿Por qué la sombra tenaz, implacable, del conde Rocheplane, o de quien fuera el que por violenta sorpresa, apoderóse de su cuerpo y de sus sentidos en la noche memorable, anteponíase a la idea, a la realidad, ya antipática constituída por Renato Doval?

¡Misterios de lo nuevo, de lo formidable, de lo imprevisto!

Lo cierto fué que Miguelón y Belina hallábanse departiendo al anochecer del lunes en el salón de los desnudos que ya co-

nocemos. Los achuchones eran mútuos, los besucones rápidos y frecuentes; las amplias y duras posaderas pesaban lo suyo y hacían gozar lo indecible a Miguelón el bombero que sentía aquel cuerpo femenil, como algo vaporoso y paradisíaco gravitar sobre sus recias piernas de empleado municipal. ¡Qué manera de bailar!

Cuando más embebidos se hallaban en su tarea, apareció el señorito Renato (cuya llave de la puerta conservaba, naturalmente) y desatóse en improperios y denuestos contra la feliz pareja, con más envidia que justicia en su reprimenda.

—¡Aquí nadie chilla más que yo!--saltó enseguida Honorina, apareciendo por una puertecilla secreta.

--¡Bah! ¡No me intimido! Aunque intemperante, no provoques ya más al que al fin y al cabo es el dueño de tus encantos... algo marchitos ya, y de este maldito piso.

En esto, como si la atmósfera quisiera tomar parte en la cerrazón que se cernía encima de aquel par de seres, antes tan amartelados, ahora tan distanciados... cuestión de súbita ausencia de metales, evidente en el pobre picapleitos comenzó a oirse en el exterior algún trueno más que espantable, cruzaron el espacio en rápido

zig-zag los relámpagos precursores de tormenta y ésta comenzó a desencadenarse sin violencia, pero con persistente chubasco.

La habitación estaba casi a obscuras, ni Honorina ni su «aglomerado» prestaron a ello atención.

Una ráfaga de aire, por una media vidriera abierta, penetró en el salón; con aquel fenómeno atmosférico cruzó el firmamento un relámpago de vivísimos matices... ¡Cielos! Saltar desde fuera por la abierta ventana un personaje tremebundo con todas las apariencias de un Luzbel, en persona, lanzar un ligero chillido la supersticiosa Honorina y poner mano en su browing el valentón (a medias nada más) picapleitos, todo fué obra de una exhalación.

—¡Está decargada!—soltó prenda, riendose con descaro, el irrupto personaje, quedándose ante el espejo de la consola, erguido y desafiador.

¡Méfistofele! Ya ¡ya veo! Sí! Has venido, oh, farsante desde el otro mundo, a espantar ninfas por una casualidad.

—¡Callate, tú! ¡Ah!... Si: es cierto... Y yo! ¡tonta! no había caído.

Una risotada ya francamente expansiva, como reconociendo en el disfraz del Conde

(pues no era otro el nuevo visitante) al feliz mortal que la besuqueó por modo tan inesperado, en pasadas noches.

—Pues bien si: Un demonio familiar y sin malas intenciones... Unicamente me he permitido venir así por la ventana, con objeto de... ¡eso! de invitar a esa insigne dama a un baile fantastico del Circulo Artístico!... ¿Acepta Vd. señora?

—Ni ella acepta, ni usted, señor Satanás de guardarropía, es quien para esas confianzas con Honorina, a quien...

—Silencio! No le hagas caso, Lucifer. Ese botarate no tiene ya aquí voz ni voto. Acepto tu galante invitación.

—Que no! Y no será ¡Vamos! Soy aquí el dueño... y...

—Ah!... El dueño?—demandó sencillamente el Conde—Lo puede usted probar?

—Ya lo creo: yo le alquilé este piso a la señora.

—Perfectamente... Pero como no ha satisfecho usted el alquiler todavia y como sin este requisito no hay ni dueño que valga ni con que hacerse fuerte, querido joven..,

—Usted me insulta! Quien es usted! Un desconocido! Un atrevido: hasta ahora no otra cosa que allanador de moradas ajenas

—Alto ahí! Ahí va mi tarjeta.

Leyó asombrado Renato la cartulina: *Conde R. de Rocheplane*. Pero miró aun con inquisidores ojos al personaje, mitad hombre mitad diablo.

—¡Caballero!—Deseo resolvamos la situación.

—Esta resuelta, Honorina. Soy el dueño de este inmueble y con su permiso tomo asiento, pues estoy fatigado y un tanto humedo además por la rociada.

—¡Oh! siendo así.—Ella se echó a reir con las mejores ganas del mundo: de paso estrechaba, efusiva, las manos del Conde—A ver ¡muchacha!! ¡Belina!! añadió oprimiendo un timbre con dos lindos dedos.

Apareció la apuesta doméstica.

—Belina! ¡Hija! Acompaña a ese caballero (señalando a Renato) hasta la puerta... y si llueve aun prestale un paraguas, si así le place!...

FIN

MADRID NACIONAL

PUBLICACION SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCION PLACER

CACHONDA Y SABROSA

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos... bre de amor.—La mujer del prójimo... Picardías de novios.—Horas placenteras... de mujer.—Amor en globo... conyugal.—Granujadas amorosas... Trapisondas de mujeres... toria de tres amores.—Una bod... gre ardiente.—El recibimiento... nas.—El beso del camino.—... de Venus.—Centro Galante.—... mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba... Isla del amor.—Una aventura... Las reinas cachondas.—Mujeres... de Cupido.—Travesuras de un... ticias.—Proezas de Belenda... Don Pepito se las trae.—... chondo.—Los labios de Isabel... Mordiscos femeniles.—... de Venus.—El sexo... Cuer... fisica.—Boquita... Los ingenios de... cas reliquias.—... nal.—La saeta de Cupido...

COLECCION

¡¡VIVA LA FRESCA!!

La última palabra del...

Riquísima presentación

Publicaciones Alegres